

Mirlo Blanco, sino Primer Acto, y pretendía desempeñar, en el terreno del libro, una labor análoga a la que venía desarrollando, en el campo de las publicaciones periódicas, la revista del mismo nombre. La nueva colección, dirigida por José Monleón y editada por Taurus, hizo su primera salida pública con una selección crítica de la obra del entonces «angry young man» Carlos Muñiz (cuya inicial cólera, para mayor desgracia de la escena española, se fue diluyendo paulatinamente en los paternales rediles de la pequeña pantalla).

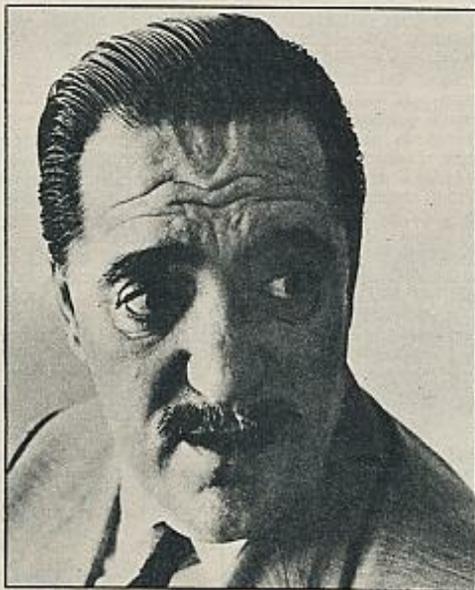
Al parecer, la colección Primer Acto tuvo en un principio el propósito de abarcar una panorámica total del teatro contemporáneo. Es muy significativo que el segundo número de la colección fuese un excelente e informativo ensayo de Felipe Lorda Aláiz «sobre el teatro inglés: de Osborne hasta hoy».

Pero a partir del tercer número la colección tomó ya un rumbo claramente definido. En aquel volumen el autor-protagonista era Alfonso Sastre; se incluían en él tres piezas y diversos estudios teóricos en torno a los problemas del teatro y muy especialmente del teatro español. Ignoro si la constante y rigurosa postura analítica de Alfonso Sastre sobre la dramaturgia celtibérica influyó en el ánimo de José Monleón o si fue el propio Monleón quien tomó la decisión de canalizar la temática de la incipiente colección teatral. El caso es que a partir del tercer volumen la colección Primer Acto (o El Mirlo Blanco, que más da) se dedicó exclusivamente a la producción de dramaturgos españoles o de lengua castellana. En números sucesivos fueron apareciendo selecciones críticas de las obras de Fernando Arrabal, Miguel Mihura, Carlos Arniches, Jorge Díaz, Osvaldo Dragún, Rodríguez Méndez, Buero Vallejo, Martín Recuerda, Ricardo Morales y Antonio Gala. Salvo Arniches (autor redivivo por obra y gracia de sus glosadores), Miguel Mihura (comediógrafo perdido a ritmo lento) y Buero Vallejo (patriarca viviente del mejor teatro «comprometido» de nuestros días), los

restantes autores se encuadran en las filas del joven teatro inconformista (palabra cuya ambigüedad es obvia). La presencia en la colección de un exiliado neo-dadaísta traducido por su esposa —Fernando Arrabal— y de dos hispanoamericanos más o menos ocasionalmente vinculados a la Madre Patria —Jorge Díaz y Osvaldo Dragún— no hacía sino reforzar esa impresión de representatividad generacional unificada por vínculos lingüísticos socio-económicos y políticos.

Ahora, ya bajo las alas nominales de El Mirlo Blanco, acaba de aparecer el decimo-cuarto volumen de la colec-

go, resulta en cierto modo tragicómico hablar de «vida teatral» si se tiene en cuenta que la gran mayoría de los autores reflejados en la colección conocen en su carne el difícil abordaje del escenario, la representación de «una noche y gracias», el fantasma amenazador de la censura, las limitaciones biológicas de ese teatro que no ha tenido oportunidad de saltar del papel a las tablas... En este sentido, la colección El Mirlo Blanco es tanto una antología como un involuntario manifiesto; tanto una esforzada fe de vida como un insoslayable testimonio de frustración. ■ S. R. SANTERBAS.



LAURO OLMO.

ción. Está dedicado a uno de los puntales básicos de nuestra dramaturgia inconformista, Lauro Olmo, superviviente cívico del barrio de Pozas y heredero —según confesión propia— de una doble entonación teatral: lo grotesco y lo esperpéntico, «cara y cruz de la moneda en circulación más valiosa del teatro español contemporáneo».

Y hasta aquí la historia. Son casi ocho los años de vuelo de El Mirlo Blanco. Ocho años en los que se han reflejado la inquietud, la cólera y también —¿por qué negarlo?— la precariedad intrínseca del más trascendente sector de nuestra vida teatral de posguerra. Sin embar-

«Love Story», un «best-seller»

¿Por qué esa mirada torva hacia el entorno? ¿Por qué pensar que el mundo es feo, triste o irremediable? ¿Por qué escribir libros incomprensibles que hablan sólo de la corrupción, que sólo presentan el aspecto negativo de la vida y de la sociedad? ¿Por qué no relatar también las cosas bellas de este mundo, las cosas puras, las cosas sublimes? ¿Ya está bien de vanguardismos y de juvenzuelos que vengan a complicarnos la existencia! Quizá tengan razón en las cosas que van diciendo por ahí, pero siempre

se olvidan, los pobres, de lo positivo, de lo que no morirá jamás, ocurra lo que ocurra en el mundo. Los últimos años han visto florecer en la literatura, en el cine, en el teatro, en las canciones (aunque aquí menos, eso hay que reconocerlo), un total olvido de la fuente de la vitalidad y la eterna juventud: del amor.

¡Oh, el amor! «Love», «love»... Ella, él, el hogar, los retoños, la paz, los ojos dulces y el claro de luna... El amor... Las manos cruzadas y el ensimismamiento, la simpática cara de tonto, el corazón impaciente, «love», el amor, «love»...

Erich Segal es un reaccionario astuto. Y el éxito de su libro, una prueba para los sociólogos de que no está solo. Probablemente tengan razón los lanzamientos publicitarios de su «Love Story» (Emecé, Buenos Aires), que aseguran que todo lo que en él se cuenta es puro y que es, por lo tanto, una respuesta a la inflación de novelas pesimistas e historias sucias y feas de los últimos años. Vivimos un retorno al conservadurismo. «Love Story» es una pequeña prueba de ello.

Segal es astuto porque ha escrito una novela que responde al nuevo triunfo de la derecha, porque se ha negado a continuar abriendo campo a la libertad de expresión, a la renovación lingüística, a una más sincera exposición de la realidad humana, pero conservando para su obra los aspectos más superficiales de la oposición. Los protagonistas de su historia (neuróticos sin saberlo) son puros como agua de mayo, pero se acuestan con inquietante desparpajo incluso antes de casarse. Se casan, pero no lo hacen bajo ningún rito religioso. Se aman con pasión desenfrenada, pero dicen palabrotas (al margen de las que lo parecen en la divertida traducción argentina que nos llega a España). Son tremendamente felices, pero ella se muere. El es buenísimo, pero odia a su padre (aunque al final de la historia, lógicamente, y a causa del profundo dolor que ambos tienen en sus humanos corazones, hagan las paces).

No hay que inquietarse con la apariencia. La novela de Segal —llevada al cine por Arthur Hiller, y con tal éxito

de taquilla que se la nomina para el Oscar— es profundamente «comme il faut». Algunas de las cosas que aparecen dichas son producto de los nocivos tiempos que vivimos, pero son chiquilladas sin importancia, ya que lo que verdaderamente importa es que la pareja protagonista no está corrompida por ninguna filosofía oriental ni se mete en política. Los enamorados protagonistas de «Love Story» son románticos, se mesan los cabellos y suspiran emocionados cuando se encuentran.

Al margen de las estupideces concretas que se dicen en el libro de Segal —que, incomprensiblemente, fue uno de los guionistas de «El submarino amarillo», la película de George Dunning—, lo que resulta inquietante es su éxito y la inevitable consideración de que viene motivado por la opinión colectiva de que esta eterna historia, con su correspondiente visión de la realidad, sigue siendo válida. ■ DIEGO GALAN.

Ahab o el combate irracional

«Nihilismo y acción» está a este otro lado de la frontera establecida por el Mayo revolucionario francés, la explosión «hippy», el desmoronamiento de la Universidad como «dócil oficina de administración de los espíritus», la guerra de Vietnam y la frustrada experiencia checoslovaca. El autor participa de una sensibilidad muy de última hora. Se alinea con todos aquellos que después de haber despertado de «los sueños dogmáticos» siguen buscando razones valederas para la acción, con quienes no solamente rechazan la racionalidad del orden tecnocrático, sino también cualquier otra racionalidad que pudiera sustituir la en función de un orden distinto. Se trata de una negativa radical: «no es, pues, la ciencia lo rechazado, sino las pretensiones de saber total que la ciencia se atribuye, porque bloquean el camino hacia las posturas críticas y negativas». Por eso, la dedicatoria excluyente que se hace en la introducción «a la fraterna cohorte de los escépticos y herejes, en espera de